

sede de la razón: la razón asentada en la cabeza del hombre como ciudadela, la cólera en el corazón, y el deseo aun más abajo, en el abdomen. Querían demostrar que siempre estaba presta la razón a reprimir de inmediato los brotes violentos de las pasiones debajo de ella, estando facultada por su elevada calidad a tocar a retirada. Siendo más necesario este control en el caso del enojo, éste se encuentra colocado bajo el dominio directo de la razón.

PETRARCA Sí, como es debido; y para demostraros que he encontrado dicha verdad no únicamente en las obras de los filósofos sino también en los poetas, por esa furia del viento que describe Virgilio, oculta en las profundas cuevas, acumulada por sus montañas y por el rey Eolo, quien las rige asentado en la cumbre con su poder, con frecuencia he pensado que pudiera haber pretendido señalar el enojo y demás pasiones del alma que bullen en el fondo del corazón, las que —a menos que sean controladas por el freno de la razón, en su prisa furiosa, como dice él— nos arrastrarían en su cauda, llevándonos por mar y tierra y el mismo cielo. En efecto, nos ha hecho entender que la tierra quiere decir nuestro marco corporal; el mar, el agua que le da vida; y las profundidades del cielo, el alma que tiene su morada en un lugar remoto, y dice de ella en otra parte que se encuentra conformada su esencia por un fuego divino. Es como si dijera que dichas pasiones arrojarán el cuerpo, el alma y al mismo hombre al abismo. Por otro lado, estas montañas y este rey asentado en lo alto, ¿qué significado pueden tener más que la cabeza está colocada arriba, donde se asienta la razón? Éstas son las palabras de Virgilio:

Ahí en profunda cueva, el rey Eolo
retiene las tempestades y el ululante viento,
que ahí mantiene aprisionados. Los ciervos enfurecidos

rugen en sus riscos, y la falda de la montaña
crepita con espantoso ruido, mas él arriba está
sentado en alto trono, cetro en mano.

[**Eneida**, i, 52-57.]

Así escribe el Poeta. Al estudiar con detenimiento cada palabra, he sentido con los oídos la furia, la rabia, el bramido de los vientos; he sentido el temblor de la montaña y el ruido. Fíjate lo bien que se aplica a la tempestad de la cólera. Y, por otra parte, he escuchado al rey, sentado en su altura, cetro en mano, sometiendo, encadenando y encarcelando aquellos soplos rebeldes, ¿quién puede dudar de que se aplica con la misma propiedad a la Razón? Mas si a alguien se le escapara la verdad de que todo esto se refiere al alma y la ira que la aflige, vea lo que añade el verso:

Y calma su pasión y apacigua su ira. [**Eneida**, i, 57.]

SAN AGUSTÍN No puedo sino aplaudir ese significado que según entiendo encontráis oculto en el relato del poeta, tan familiar que es para vos, pues ya sea que Virgilio lo tuviese en mente mientras escribía o ya sea que con tal idea tan sólo pretendiera representar alguna tempestad en el mar y nada más, lo que habéis dicho de la tempestad de la ira y la autoridad de la razón me parece expresado con igual ingenio y verdad.

Mas para coger de nuevo el hilo de nuestro discurso, observad en vuestras lecturas si encontráis algo que trate sobre la ira o demás pasiones del alma, y sobre todo de la plaga de la melancolía, que hemos comentado bastante. Cuando lleguéis a algunos párrafos que os parezcan útiles, marcad indicaciones en éstos que os sirvan como ganchos

para que se prendan en vuestro recuerdo, y no levanten vuelo para huir.

Con este mecanismo podréis manteneros firme contra todas las pasiones, y no menos contra la tristeza del corazón, que —como una nube pestilente— destruye totalmente las simientes de la virtud y todos los frutos del entendimiento, siendo según la elegante frase de Cicerón:

Fuente y causa de todas las miserias.

[**Oraciones tusculanas**, iv, 38.]

Seguramente si examináis de cerca la vida de los demás así como la vuestra, teniendo presente que casi no existe hombre sin muchas causas de congoja en su vida, y si exceptuáis la única base justa y sana, que es el recuerdo de vuestros propios pecados —suponiendo siempre que ello no os lleve a la desesperación— llegaréis entonces a reconocer que os ha brindado el Cielo muchos dones, siendo tal cosa para vos motivo de consuelo y felicidad, acompañados del sinnúmero de cosas de que murmuráis y os quejáis.

En cuanto a vuestra queja de no haber tenido vida propia y la incomodidad que os ocasiona la vida tumultuosa de las ciudades, no será pequeño el consuelo que recibáis al pensar que han expresado la misma queja hombres más importantes que vos, y que si por vuestro libre albedrío habéis caído en ese laberinto, por vuestro libre albedrío también podréis lograr vuestra fuga. Si no, con el tiempo se acostumbrarán tanto vuestros oídos al ruido de la muchedumbre que os parecerá tan placentero como el murmurio de una cascada. O bien, como ya insinué, fácilmente encontraréis el mismo resultado si no hacéis más que calmar la agitación de vuestra imaginación, pues un alma serena y tranquila no teme la llegada de

ninguna sombra exterior y queda sorda ante todo el estruendo del mundo.

Así, como el hombre en tierra firme y lejos de todo peligro, observaréis el naufragio de los demás, y en vuestro tranquilo abrigo oiréis los gritos de los que luchan contra las olas, y aun cuando os cause una tierna compasión el espectáculo, aun eso también será la medida de vuestro propio agradecimiento y felicidad por estar a salvo. Y más pronto estoy seguro, desterraréis y alejaréis toda la tristeza que os ha oprimido el alma.

PETRARCA Aunque no son pocas las cosas que me causan incomodidad, sobre todo vuestra noción de que es muy fácil y sólo de mí depende alejarme de los poblados, y ya que en muchos conceptos me habéis vencido con la razón, aquí depongo las armas pues me siento bastante derrotado.

SAN AGUSTÍN ¿Os creéis capaz, entonces, de deshaceros ya de vuestra tristeza y conciliaros con vuestra fortuna?

PETRARCA Sí soy capaz, suponiendo siempre que existe la fortuna como tal. Pues observo que los dos poetas griegos y latinos tampoco están de acuerdo en este asunto; que uno ni siquiera se ha permitido mencionar la palabra ni una sola vez en todas sus obras, en circunstancias en que el otro invoca con frecuencia el nombre de la fortuna y hasta la estima todopoderosa. Esta opinión la comparte un historiador célebre y orador famoso. Salustio ha dicho de la fortuna que:

todas las cosas están bajo su dominio. [**Catilina**, viii.]

Y Cicerón no ha titubeado en afirmar que:

es el ama de los asuntos humanos. [**Pro marcello**, ii.]

Y yo, tal vez en otro momento y lugar, declararé lo que pienso sobre el tema. Mas en cuanto se refiere al tema de nuestro diálogo, vuestras admoniciones me han sido de tal utilidad que, al comparar mi situación con la de los hombres en su mayoría, ya no me parece tan infeliz como antes.

SAN AGUSTÍN Me alegro de verdad de haberos sido útil en algo, y es mi deseo hacer todo lo que pueda. Mas ya que nuestra conversación de hoy se ha prolongado mucho, ¿estáis de acuerdo en dejar el resto para un tercer día en que la llevemos a su conclusión?

PETRARCA Con todo el corazón también adoro el mismo número tres, no tanto por contener las tres Gracias, sino por estimársele un parentesco más cercano a la Deidad. Esto no únicamente es creencia vuestra y de otros que profesan la verdadera fe, que dan toda su fe a la Trinidad, sino también de los filósofos profanos que destinan un uso tradicional al mismo número en el culto a sus propias deidades. Y parece que también tenía conocimiento de ello mi querido Virgilio cuando escribió:

El número impar es de los dioses estimado.

[*Églogas*, vii, 75.]

Por lo antes dicho se aclara que el tres es el número a que alude. Por lo tanto, esperaré ahora de vuestras manos la tercera parte de éste vuestro triple regalo.



San Agustín (354-430).

TERCER DIÁLOGO

SAN AGUSTÍN Suponiendo que hasta aquí habéis encontrado algo bueno en mis palabras, os ruego e imploro que en lo que aún me falta decir me escuchéis de buena gana, abandonando totalmente el espíritu de conflicto y contradicción.

PETRARCA Podéis contar con la certeza de que así lo haré, pues creo que a merced de vuestros buenos consejos me he liberado en gran parte de mis congojas, estando por ello más dispuesto a escuchar lo que aún tengáis que decir.

SAN AGUSTÍN Hasta ahora ni siquiera he tratado las profundas llagas que están en el interior y, por cierto, más bien me desagrada la tarea al recordar los debates y las murmuraciones que ocasionaba la más ligera alusión a ellas. Mas, por otra parte, no me abandona la esperanza de que, una vez recuperadas vuestras fuerzas, sin titubeos ha de soportar vuestro espíritu un trato más severo del problema.

PETRARCA Confiad en ello. A estas alturas estoy acostumbrado a escuchar el nombre de mis males y a soportar la mano del cirujano.

SAN AGUSTÍN Bien, aún os encontráis esposado, de la mano derecha y de la izquierda, por dos fuertes cadenas que no os permitirán cambiar vuestros pensamientos para que podáis meditar sobre la vida y la muerte. Siempre he temido que pudiesen conducirnos a la destrucción; y aún no me encuentro nada confiado, únicamente lo estaré cuando os vea romper y deshaceros de vuestras ataduras y salir perfectamente libre. Esto lo creo posible, mas harto difícil de lograr, y mientras no se logre no haré más que moverme en un círculo de futilidad. Dicen que para partir un diamante hay que usar la sangre de un chivo; pues de la misma forma, para poder ablandar la dureza de pasiones

de esa índole, dicha sangre es de una eficacia extraña. Tan pronto llega al corazón más duro, lo parte y lo penetra. Mas os diré en qué consiste mi temor. En este asunto debo contar con vuestra plena anuencia, ya que me asedia el temor de que os mostréis reacio o de que no seáis capaz de otorgarla. Temo mucho que el brillo rutilante de vuestras cadenas os encandile los ojos impidiéndoos ver y dejándoos como el avaro cautivo en su prisión con grilletes de oro, quien a pesar de desear tanto ser liberado, no estaba dispuesto a romper sus cadenas.

Tales son las condiciones de vuestro propio cautiverio; únicamente podréis lograr vuestra libertad rompiendo vuestras cadenas.

PETRARCA ¡Ay, ay! Soy más desdichado de lo que pensaba. ¿Queréis decirme que mi alma aún se halla atada por dos cadenas de las cuales no tengo conciencia?

SAN AGUSTÍN De todos modos están a plena vista; mas encandilado por su belleza, creéis que no son grilletes sino tesoros; y siguiendo con la misma forma, sois como el que amarrado de pies y manos con grilletes de oro, los ve con gozo sin ver en lo absoluto que son grilletes. Sí, vos con ojos cegados seguís mirando vuestras ataduras; mas ¡raro engaño!, **quedáis embobado por las mismas cadenas que os arrastran hasta la muerte, ¡y lo más triste es que gozáis con ellas!**

PETRARCA ¿Qué son esas cadenas de que habláis?

SAN AGUSTÍN Amor y gloria.

PETRARCA ¡Cielos! ¿Qué estoy oyendo? ¿A esas cosas las nombráis cadenas? ¿Y me las romperíais si os lo permitiera?

SAN AGUSTÍN Sí, quiero hacer el intento, mas dudo que pueda tener éxito. Todas las demás cosas que os cautivaban tenían menor resistencia y también os daban menor placer, así que me ayudasteis a romperlas. Éstas, por lo contrario, son placenteras aunque lastiman, y os decepcionan por su

aspecto falso de belleza; de modo que exigirán mayor esfuerzo, ya que resistiréis como si tuviera yo el deseo de robaros un gran bien. No obstante, deseo hacer el intento.

PETRARCA Por favor, ¿qué es lo que he hecho para que tengáis el deseo de quitarme las pasiones más finas de mi naturaleza, condenando a una oscuridad eterna las facultades más nítidas de mi alma?

SAN AGUSTÍN Ah, hombre infeliz, ¿os habéis olvidado del axioma de la filosofía, que la cumbre de todos los males es que el hombre, con alguna opinión falsa arraigada, poco a poco se convenza fatalmente de que tal o cual camino sea el correcto?

PETRARCA Para nada se me ha olvidado el axioma, mas nada tiene que ver con el tema, pues, ¿por qué no he de aceptar ese camino que yo indiqué que era correcto? No, pues nunca he pensado ni he de pensar jamás que pueda haber verdad más indiscutible, que el que esas dos pasiones que me reprocháis, sean las más nobles de todas.

SAN AGUSTÍN Por el momento vamos a abordarlas una y otra mientras me dedico a descubrir los remedios, para no desgastar el filo de mi arma atacando una y después otra en forma indiscriminada. Decidme entonces, ya que hemos mencionado en primer término el amor, ¿lo tenéis o no lo tenéis como el colmo de la locura?

PETRARCA Para deciros la verdad entera como la concibo yo, estimo que el amor o se puede describir como la pasión más vil o como el acto más noble del alma.

SAN AGUSTÍN ¿Me permitís algún ejemplo que confirme el punto de vista que habéis ofrecido?

PETRARCA Si mi pasión es por alguna mujerzuela de mala fama, mi amor es el colmo de la ridiculez. Mas por otra parte, si cautivado por la que es imagen de la virtud me consagro a amarla y venerarla, ¿que me podéis responder? ¿No reconocéis diferencia alguna entre aspectos tan plenamen-

te contrarios? ¿Deseáis desconocer todo vestigio de honor del caso? Para deciros mi verdadero sentir al respecto, por más que considero el primer amor como una carga pesada y desafortunada en el alma, del segundo creo que no existe mayor bendición; y si acaso fuera contraria vuestra opinión, que cada quien respete su sentimiento propio, pues como bien lo sabéis, la verdad mucho abarca y cada uno de los hombres debe tener la libertad de juzgar por sí mismo.

SAN AGUSTÍN En asuntos tan contradictorios, igualmente podrán ser diversas las opiniones. Mas la verdad es una y siempre igual.

PETRARCA Confieso que es así. Mas lo que nos hace errar es que nos aferramos con obstinación a opiniones antiguas, y no tan fácilmente nos apartamos de ellas.

SAN AGUSTÍN El cielo os permita pensar tan sabiamente en todo el asunto del amor, como lo hacéis en este tema.

PETRARCA Creo con certeza tener la razón, y para expresarme brevemente, diré que los que piensan lo contrario están fuera de quicio.

SAN AGUSTÍN Por supuesto que asevero que calificar de verdad alguna antigua falsedad, y calificar de falsedad alguna verdad recién descubierta, como si toda autoridad de la verdad fuera obra del tiempo, es la misma cumbre de la locura.

PETRARCA Son en vano vuestros esfuerzos. A quien sostenga dicha opinión del amor jamás le he de creer, y me remitiré a lo dicho por Cicerón: «Si aquí yerro lo hago de voluntad, y jamás accederé en apartarme de dicho error mientras me quede vida».

SAN AGUSTÍN Al emplear Cicerón dichas palabras, habla de la inmortalidad del alma, refiriéndose a ella como la más noble de las creaciones, declarando tan firme su convencimiento al respecto, que no soportaría escuchar a nadie que

sostuviera lo contrario. No obstante vos, a fin de promover la menos noble y más falsa de todas las opiniones, empleáis los mismos términos. Sin lugar a duda, y aun cuando fuera mortal el alma, mejor sería considerarla inmortal. Aunque fuera un error, aun así inspiraría el amor a la virtud, algo que debe desearse por sí solo, aun cuando se nos privara de toda esperanza de algún premio futuro; puesto que el deseo de ella sin duda se tornará más débil al pensar los hombres que el alma es cosa mortal. Por otra parte, la promesa de una vida por venir, aunque resultara ser engaño, es un fuerte aliciente para el alma, siendo como es la naturaleza humana.

Mas ved lo que serán las consecuencias del error en que incurris; éste precipitará a vuestra alma a toda clase de tonterías cuando hayan desaparecido ya la vergüenza y el miedo y aun la razón, que sirven como freno a la pasión, y haya desaparecido la misma conciencia de la verdad.

PETRARCA Os dije ya que estábais perdiendo el tiempo. Me dice mi propia memoria que jamás he amado nada que me dé vergüenza, pues por lo contrario, siempre he amado lo que es más noble.

SAN AGUSTÍN Aun se puede amar lo noble en una forma vergonzosa; no queda duda.

PETRARCA Ni en el objeto del amor ni en la forma de amar soy culpable. Así que más vale que dejéis de atormentarme.

SAN AGUSTÍN ¡Bien, bien! ¿Acaso deseáis, como los que tienen fiebre en el cerebro, morir con risas y bromas? ¿O preferís tomar algún remedio para vuestra mente que tanta lástima da y tanto se aleja de su verdadera salud?

PETRARCA No he de rechazar remedio siempre que me comprobéis que estoy enfermo, mas cuando se encuentra el hombre perfectamente bien, con frecuencia es fatal empezar a tomar remedios.

SAN AGUSTÍN Tan pronto hayáis llegado a la etapa de conva-

lecencia no tardaréis en percibir –como acostumbran los hombres– que habéis estado gravemente enfermo.

PETRARCA Pues bien, no puedo sino demostrar gran deferencia ante el que con tanta frecuencia en el pasado, y más aún en estos dos últimos días, me ha dado pruebas de los méritos de sus consejos. Así que proseguid, por favor.

SAN AGUSTÍN En primer lugar os pido que me perdonéis si es que obligado por el tema, tengo que tratar con severidad lo que para vos ha sido tanto deleite; pues no puedo sino prever que ha de resonar la verdad con amargura en vuestros oídos.

PETRARCA Nada más una palabra antes de que empecéis. ¿Conocéis a fondo el asunto que vais a tratar?

SAN AGUSTÍN Todo lo he considerado previamente con diligencia. Se trata de una mujer mortal, y a admirar y celebrarla, ¡ay! habéis dedicado gran parte de vuestra vida.

Que una mente como la vuestra haya sentido una pasión tan insensata y por tanto tiempo, me asombra en extremo.

PETRARCA Dejad vuestros reproches, os ruego. Tais y Livia eran mujeres mortales las dos; mas debéis tener presente que la que pretendéis tratar es de una mentalidad que no se ocupa de cosas terrenales y tan sólo arde por el amor a lo celestial. En su rostro –salvo que la verdad sea palabra vacía– resplandece cierta belleza divina; su carácter es imagen y cuadro del honor perfecto; su voz y la expresión viva de sus ojos no tienen nada de mortal; su misma conformación y movimiento no es semejante a lo de otras. Que lo consideréis una y otra vez os lo ruego, y confío en que comprendáis las palabras que vayáis a expresar.

SAN AGUSTÍN ¡Ah! ¡Os habéis salido de toda la razón! ¿Entonces tenéis dieciséis largos años alimentando con gozos falsos esta llama en el corazón? De verdad, ni sufrió Italia por mayor tiempo las agresiones de su más famoso

enemigo: Aníbal; ni tampoco en aquel entonces soportó con mayor frecuencia los ataques de su supuesto amante, ni fue consumida por incendios más voraces. Hoy en día lleváis en vuestro interior una llama de pasión igual de cálida y soportáis punciones igual de fuertes. ¡Mas aun así no faltó el que lo obligó al retiro y, aunque tardíamente, a marcharse! ¿Mas quién ha de expulsar a dicho invasor de vuestra alma si vos mismo prohibís su retirada; si de vuestra propia voluntad lo invitáis a permanecer largo tiempo con vos; **si desdichado como sois, gozáis de vuestra propia calamidad?** Otros serán vuestros pensamientos cuando llegue el día fatal que cierre para siempre aquellos ojos que ahora os causan tanto placer al contemplarlos; cuando veáis aquel rostro y aquellos miembros pálidos transformados por la muerte; entonces os llenaréis de vergüenza por haber ligado vuestros afectos a tal cuerpo perecedero, y lo que ahora aseveráis con obstinación, os dará vergüenza recordarlo.

PETRARCA No permita el cielo tal infelicidad. No he de ver cumplidas vuestras amenazas.

SAN AGUSTÍN Han de suceder inexorablemente.

PETRARCA Lo sé. Mas las estrellas en su trayecto no han de luchar contra mí con el propósito de evitar el orden de la naturaleza apurando así la muerte de ella. Primero llegué yo a este mundo y seré el primero en retirarme.

SAN AGUSTÍN Creo que no habréis olvidado aquellos momentos cuando temíais el evento contrario, componiendo una canción por vuestra amada como si pronto muriera; canción plena de aflicción conmovedora.

PETRARCA Por cierto que lo recuerdo muy bien, mas el pensamiento que en aquel entonces me llenaba de pena —cuya memoria me hace temblar— era una indignación celosa ante la escasa posibilidad de sobrevivir a ella por ser la mejor parte de mi vida; ella cuya presencia es causa de toda su

dulzura. Pues ése es el motivo de aquella canción; la recuerdo bien, y cómo me dominaron las lágrimas. Su espíritu está conmigo aún, si acaso con vos está la letra.

SAN AGUSTÍN No me quejaba de las muchas lágrimas que el temor de su muerte os hizo derramar, ni tampoco de la gran pena que hubieseis sentido. Tan sólo me interesaba que os dierais cuenta de cómo dicho temor vuestro del pasado podrá sin duda volver; y aún más fácilmente, pues cada día es un paso más hacia la muerte, y aquella lozana figura, desgastada por las enfermedades y muchos partos, ha perdido ya buena parte de su fuerza inicial.

PETRARCA Yo también me encuentro agobiado por las preocupaciones y desgastado por la edad, y en ese camino de avance hacia la muerte me he adelantado a la que amo.

SAN AGUSTÍN ¡Qué ridículo es calcular el orden de la muerte por el del nacimiento! Pues, ¿cuál será el motivo de los tristes lamentos de los ancianos sino la muerte inoportuna de sus hijos jóvenes? ¿Qué es lo que aflige a aquella nodriza madura cuando ve la pérdida de su pequeño lactante?

A quien un oscuro día
le quitó su dulce vida; y la cruel fatalidad
le arrebató el pecho materno, cubriéndolo
en muy temprana sepultura.

[**Encida**, vi, 428-29.]

En vuestro propio caso, los pocos años que os adelantasteis a ella os dan una esperanza muy incierta de haber ya desaparecido antes de que se extinga el fuego de vuestra pasión; aun así, os contentáis con la falsedad de la inmutabilidad de dicho orden de la naturaleza.

PETRARCA No exactamente inmutable, mas ruego sin cesar que no sea mudado, y siempre que pienso en la muerte recuerdo el verso de Ovidio:

Que llegue tarde su momento, y después del mío.

SAN AGUSTÍN Ya no puedo escuchar estas pequeñeces; mas ahora que confesáis que es posible que muera ella antes que vos, pregunto, ¿qué diríais si en realidad estuviera muerta?

PETRARCA ¿Qué diría yo sino que tal calamidad sería la cúspide de todas mis desgracias? Mas debería tratar de contentarme con lo que ya pasó. Mas, ¡que el viento se lleve las palabras de nuestros labios y disperse el huracán tal agüero a lo más recóndito de la tierra!

SAN AGUSTÍN ¡Ah, qué hombre ciego! No veis aún la sinrazón de someter así a vuestra alma a cosas terrenales, que la incendian en llamas de deseo, que no tienen la facultad de permitirle descanso, que no pueden perdurar; y mientras prometen deleitaros con su dulzura, os atormentan con sus agitaciones perpetuas.

PETRARCA Si tenéis algún remedio más eficaz, os ruego que lo señaléis. Jamás me asustaréis con semejantes palabras; pues no es así como suponéis que me encuentre yo encaprichado de alguna criatura que sea mortal. Podríais haber sabido que amaba menos su encanto físico que su alma, que lo que me ha cautivado ha sido una vida superior a las vidas ordinarias, y que el haberla contemplado me ha demostrado cómo viven los benditos en el cielo. Por lo tanto, ya que me lo preguntáis (y la simple pregunta me atormenta al escucharla) lo que haría yo suponiendo que ella me abandonara por ser la primera en morir, os respondo que debería tratar de consolarme en mi pena con Lelio, el más sabio de los romanos. Con él diría yo: «Es su bondad la que amé y ésa no ha muerto»; y para mí diría las demás palabras que pronunció él posteriormente en la muerte de quien le provocó un afecto que sobrepasaba todo afecto común.

SAN AGUSTÍN Os replegáis a la seguridad inaccesible del error, y no será fácil moveros. Mas como veo que estáis dispuesto a escuchar con más paciencia la verdad acerca de vos mismo y de ella, cantad como queráis las alabanzas a vuestra querida dama, y nada he de contradecir. Fuera ella reina, santa:

Una verdadera diosa; o del mismo Apolo su hermana,
o madre de las ninfas. [**Eneida**, i, 328-29.]

Mas toda su excelencia de ninguna manera ha de excusar vuestro error.

PETRARCA Veamos qué nueva desavenencia me buscáis ahora.

SAN AGUSTÍN Es una verdad indiscutible que con frecuencia se aman las cosas más hermosas en una forma vergonzosa.

PETRARCA He escuchado ya tal insinuación en una ocasión anterior. Si alguno pudiera ver la imagen del amor que reina en mi corazón, reconocería que no existe diferencia entre este último y el rostro que de hecho tengo muy alabado, pero mucho menos que lo que merece ser alabado. Que sea mi testigo el espíritu de la verdad en cuya presencia dialogamos, al aseverar que en mi amor jamás ha existido nada indecoroso, nada de la carne jamás, nada que pudiese tachar hombre alguno que no fuera su misma intensidad. Y si agregáis que aun así jamás traspasó el lindero de lo correcto, creo que mayor bien no podría ser concebido.

SAN AGUSTÍN Podría responderos con una palabra de Cicerón al deciros que «Habláis de ponerle linderos al mismo vicio». [**Oraciones tusculanas**, iv, 18.]

PETRARCA No en el vicio, sino en el amor.

SAN AGUSTÍN Mas en el mismo texto se refería él al amor. ¿Recordáis dónde se presenta?

PETRARCA ¿Qué si recuerdo? Por supuesto que lo he leído en las **Tusculanas**. Mas se refería al amor común de los hombres; el mío es único.

SAN AGUSTÍN Otra gente, creo, podría decir lo mismo del suyo propio; pues es verdad que en todas las pasiones, y más que nada en la presente, todo hombre interpreta su caso en forma favorable. Tiene razón el verso, aunque de poeta común:

A todo hombre su dama,
pues a mí también me tocaría;
a todo hombre sus aventuras de amor,
¡por eso también quiero las mías!

PETRARCA ¿Os gustaría, si tuvierais tiempo, que os relatara unos cuantos de los muchos encantos de ella que os causarían asombro y admiración?

SAN AGUSTÍN ¿Creéis que ignoro todos «Aquellos sueños placenteros que los amantes suelen urdir?» Todo escolar conoce el verso, mas confieso que me da vergüenza oír tales necedades en los labios de alguien cuyas palabras y pensamientos debieran buscar mayores alturas.

PETRARCA En una cosa no he de guardar silencio, ya sea que la llaméis necedad, agradecimiento o como queráis: a ella debo lo que soy, y jamás hubiera logrado lo poco de renombre y gloria que he alcanzado, sin que ella por la fuerza de este amor hubiera avivado el débil germen de virtud que sembrara la naturaleza en mi corazón. Fue ella quien apartó mi alma joven de todo lo que era vil, la que me llevó, como cadena de arrastre, obligándome a mirar hacia arriba. ¿Por qué no habéis de creerlo? Es una verdad segura que por el amor vamos pareciéndonos al objeto del amor. Ahora, no vive difamador —por más mordaz que sea su lengua— que se haya aventurado a tachar su buen

nombre, o que se haya atrevido a decir alguna falla que haya percibido, no diré en su conducta, sino hasta en alguno de sus gestos o palabras. Además, dichos murmuradores que no dejan a salvo la fama de nadie si les es posible, en el caso de ella se han visto obligados a pronunciar sólo reverencia y respeto.

No es de maravillarse, pues, que tal gloria como la suya haya nutrido en mi corazón la añoranza de una gloria más patente, y que pudiese haber endulzado las duras labores que tuve que soportar con el objeto de lograr lo que yo deseaba. ¿Qué fueron todos los deseos de mi juventud sino los de complacer a quien más que todos los demás me había complacido? ¿Y tampoco ignoráis que para lograr mis fines mil veces desprecié deleites, me entregué antes de tiempo a trabajos y ocupaciones sin número; y ahora me pedís que olvide o que en algo disminuya mi amor por quien primero me enseñó a evitar la chusma vulgar, quien dirigió todos mis pasos, alentando mi mente torpe, despertando a la vida mi espíritu soñoliento?

SAN AGUSTÍN ¡Pobre hombre! Mejor que hubierais callado en lugar de hablar, aunque si hubierais callado aun así pudiera yo haber discernido cómo erais en el interior. Mas palabras tan resueltas como esas levantan en mí indignación y cólera.

PETRARCA ¿Y por qué será?

SAN AGUSTÍN Tener opinión falsa demuestra ignorancia, mas seguirla proclamando con energía demuestra orgullo aunado a la ignorancia.

PETRARCA Por qué no tratáis de comprobar que lo que pienso y digo es falso.

SAN AGUSTÍN Todo es falso; principiando por lo que decís de deberle a ella todo lo que sois. Si queréis decir que ella ha hecho de vos lo que sois, ahí por cierto mentís; mas si dijerais que es ella la que ha evitado que seáis más de lo

que sois, diríais la verdad. ¿De qué larga contienda os hubierais salvado si no os hubiera detenido ella por el encanto de su belleza? Lo que sois se lo debéis a la generosidad de la naturaleza; lo que pudierais haber sido, lo ha dejado bien trunco ella, o más bien permitidme decir que vos mismo lo habéis dejado trunco, pues es bien inocente ella. Aquella belleza que parecía tan encantadora y tan dulce a través de la ardiente llama de vuestro deseo, a través de la constante lluvia de vuestras lágrimas, ha eliminado toda la cosecha que pueda haber brotado de las semillas de la virtud de vuestra alma. Es vuestra jactancia falsa si pensáis que os ha apartado de cosas viles; de algunas tal vez sí, mas tan sólo para hundiros en males aún peores. Pues si alguien os aparta de un sendero enlodado para llevaros a un precipicio, o si al abrir algún pequeño absceso os corta la garganta, no merece el nombre de salvador sino de asesino. Asimismo, la que apreciáis como guía, aunque os haya apartado de algunos senderos viles, os ha hundido sin embargo en un profundo precipicio de ruina esplendorosa. En cuanto a que ella os haya enseñado a mirar hacia arriba apartándoos del vulgo, ¿se podrá añadir que por sentaros a sus pies os quedasteis tan deslumbrado por su encanto, que descuidasteis a propósito todo lo demás?

Y en la convivencia ordinaria de la vida humana ¿qué hay más dañino que eso? Cuando mencionáis que os ha involu-
crado en trabajos sin número, en eso habláis con la verdad.
¿Mas qué gran provecho hay en ello? Cuando existen labores tan variadas que el hombre a la fuerza se ve obligado a desempeñar, **¡qué locura es buscar otras nuevas por voluntad propia!** En cuanto a vuestra jactancia de que es ella la que os ha hecho ansiar la gloria, me da lástima vuestro error, pues os he de comprobar que de todos los

pesares de vuestra alma, no hay otro que sea tan fatal. Mas para esto aún no llega el momento oportuno.

PETRARCA Creo que el más preparado de los guerreros primero amenaza y después ataca. Mas parece que hallo juntos amenaza y lesión; ya empiezo a tambalearme.

SAN AGUSTÍN ¿Cuánto más os habréis de tambalear cuando aseste yo el lance más certero de todos? En verdad que la mujer de quien profesáis que se lo debes todo, ella, sólo ella, ha sido vuestra ruina.

PETRARCA ¡Cielos! ¿Cómo creéis que vais a convencerme de ello?

SAN AGUSTÍN Ella ha apartado vuestra mente del amor a lo celestial, inclinando vuestro corazón al amor a lo creado más que al Creador: sendero que por sí solo conduce, más pronto que cualquier otro, a la muerte.

PETRARCA Ruego que no juzguéis sin razón. Por cierto que el amor que siento por ella me ha llevado a amar a Dios.

SAN AGUSTÍN Mas ha invertido el verdadero orden.

PETRARCA ¿Cómo es así?

SAN AGUSTÍN Toda criatura debe ser querida por nuestro amor al Creador. Mas en vuestro caso, por el contrario, al quedar cautivado por el encanto de la criatura, no habéis amado al Creador como debéis. Habéis admirado al Divino Artífice como si en todas sus obras no hubiera hecho nada más bello que el objeto de vuestro amor, aunque de verdad la belleza del cuerpo debe figurar en último lugar.

PETRARCA Que la Verdad sea testigo —estando aquí entre nosotros— presentando también como testigo a mi conciencia, como dije antes, que el cuerpo de mi dama me ha sido menos querido que su alma. He aquí la prueba de ello, que entre más ha avanzado su edad (que para la belleza del cuerpo es un rayo fatal), más firme ha sido mi admiración; pues aunque con el tiempo ha quedado

visiblemente marchitada la flor de su juventud, ha crecido con los años la belleza de su alma, y siendo ésta el origen de mi amor por ella, también ha sido su sustento. De lo contrario, si hubiera sido su aspecto corporal lo que me atrajera, hace tiempo que hubiera efectuado un cambio.

SAN AGUSTÍN ¿Os burláis de mí? ¿Queréis aseverar que si se encontrara alojada la misma alma en un cuerpo contrahecho y de mal aspecto, hubierais derivado de ella el mismo deleite?

PETRARCA No me atrevo a decirlo. Pues la misma alma no puede ser discernida, y la imagen de un cuerpo como ése no hubiera dado indicación alguna de tal alma. Mas si fuera posible que quedara el alma visible, con toda certeza hubiera amado su belleza aún cuando fuera pobre su morada.

SAN AGUSTÍN Dependéis de simples palabras; pues si únicamente sois capaz de amar lo que es visible ante vuestra mirada, entonces lo que amáis es la forma del cuerpo. No obstante, no niego que su alma y carácter han ayudado a alimentar vuestra llama, ya que (como lo he de demostrar en breve) tan sólo su nombre ha encendido poco y mucho vuestra loca pasión, pues como en todos los afectos del alma, en éste más que en ninguno sucede que con frecuencia una chispita originará un gran incendio.

PETRARCA Veo hasta dónde me queréis llevar. Queréis obligarme a decir con Ovidio:

De una vez la amo, cuerpo y alma. [*Amores*, i, x, 13.]

SAN AGUSTÍN Sí, y también debéis confesarlo, que ni en un caso ni en el otro ha sido moderado vuestro amor ni lo que debe ser.

PETRARCA Tendréis que someterme a tormento antes de que confiese tal cosa.

SAN AGUSTÍN Y aceptaréis que este amor también os ha procurado gran infelicidad.

PETRARCA Aunque me pongáis en el mismo banco de los acusados, no he de reconocer nada por el estilo.

SAN AGUSTÍN Si no ignoráis mis preguntas y conclusiones, no tardaréis en confesar ambas. Decidme entonces, ¿podéis recordar los años cuando erais un pequeño, o tienen borrada toda aquella época las múltiples ocupaciones de vuestra vida actual?

PETRARCA Mi niñez y juventud las tengo tan vívidas ante mis ojos como si hubieran transcurrido ayer.

SAN AGUSTÍN ¿Recordáis, entonces, cómo en aquellos tiempos teníais temor a Dios, cómo pensabais en torno a la muerte, el amor que teníais por la religión, lo mucho que queríais el bien y la virtud?

PETRARCA Sí, lo recuerdo todo y me da pena ver que a medida que aumentaba mi edad, crecían menos en mí dichas virtudes.

SAN AGUSTÍN Por mi parte siempre he tenido temor de que el viento primaveral arrebatara el retoño temprano que, de haber quedado entero y sin daño, pudiera haber producido frutos maravillosos.

PETRARCA Por favor no os apartéis del tema; pues ¿qué tiene que ver eso con lo que tratábamos?

SAN AGUSTÍN Os lo diré. Recordad cada uno de los pasos de vuestra vida, ya que está tan completa y fresca vuestra memoria. Recordad durante el trayecto de vuestra vida el período en que se inició este gran cambio a que os referís.

PETRARCA En la mente he examinado todo el trayecto y el número de mis años.

SAN AGUSTÍN ¿Y qué es lo que encontráis?

PETRARCA Veo que la doctrina del tratado de Pitágoras, que he oído mentar y he leído, de ninguna manera carece de verdad. Pues al viajar por el camino correcto, aún con

medida y modestia, había llegado yo a la bifurcación de los caminos, pidiéndome hacia la mano derecha, y ya sea por negligencia o perversidad –lo ignoro– veréis que fui hacia la izquierda; y lo que había leído en mis años mozos no me fue de provecho:

Aquí se bifurcan los caminos: la derecha os conducirá al palacio amurallado del poderoso rey y al Eliseo, mas la izquierda os llevará a donde se castiga el pecado y el malhechor camina a su temible condena. [*Eneida*, vi, 540-43.]

Aunque todo esto lo había leído antes, nunca lo entendí sino hasta enterarme por la experiencia. Posteriormente me equivoqué por aquel sendero sucio y retorcido, y volvía muchas veces mentalmente con llanto y penas, mas no podía guardar el buen camino; y fue cuando lo abandoné, sí, por cierto, el momento en que se inició toda esta confusión en mi vida.

SAN AGUSTÍN ¿Y en cuál período de vuestra edad aconteció?

PETRARCA Alrededor del medio camino de mi desarrollo juvenil.

Mas si me dais uno o dos minutos, creo poder recordar el año exacto cuando aconteció.

SAN AGUSTÍN No pido la fecha precisa, mas decidme, ¿cuándo fue más o menos la primera ocasión en que visteis la forma y los rasgos de esa mujer?

PETRARCA Estoy seguro de que jamás se me olvidará el día.

SAN AGUSTÍN Bien, pues, suma dos y dos; comparad las dos fechas.

PETRARCA Debo confesar de verdad que coinciden. Tan pronto la vi me desvié de mi sendero correcto.

SAN AGUSTÍN Es todo lo que quería saber. Os deslumbrasteis. El destello no acostumbrado cegó vuestros ojos, creo. Puesto que dicen que el primer efecto del amor es la

ceguera. Así se lee en la obra del poeta más conocedor de la naturaleza:

A primera vista quedó cegada esa dama sidonia,

y luego agrega:

Con amor ardía Dido. [**Eneida**, i, 613.]

Y aunque como bien lo sabéis la historia no es sino una fábula antigua; aun así el poeta en su elaboración observó el orden de la naturaleza.

Y ya cegado por este encuentro, si elegisteis el sendero de la mano izquierda, fue así que os parecía más amplio y fácil; pues el de la derecha era empinado y angosto, y temíais sus dificultades. Mas esa mujer de tanto renombre, quien os imagináis es vuestra guía más segura, ¿por qué no os condujo hacia arriba, titubeante y tembloroso como estabais? ¿Por qué no os llevó de la mano como a un ciego, dejándoos en la senda que debíais caminar?

PETRARCA Por supuesto que así lo hizo, hasta donde alcanzaron sus facultades. ¿Qué si no eso estaba en su pecho cuando sin hacer caso de mis ruegos, sin ceder ante mis caricias, protegió su honor de mujer, y a pesar de su juventud y la mía, a pesar de mil circunstancias que hubiesen vencido un corazón de diamante, se mantuvo firme, resuelta e insumisa? Sí, esa alma femenil me enseñó lo que debía ser el honor de un hombre; y lo hizo para preservar su castidad, como lo expresa Séneca:

Lo que para mí fue lo mismo un ejemplo que un reproche. [**De beneficiis**, vii, 8.]

Y al final, cuando vio rotas las riendas de mi carro y que me iba precipitando al abismo, más bien quiso dejarme y no seguirme a donde iba.

SAN AGUSTÍN ¿Entonces sentíais a veces deseos viles, aunque no hace mucho lo negábais? Mas es necedad común de los amantes, permitidme decir de gente loca. Se puede decir lo mismo de todos:

No quisiera, y sí quiero; sí quiero y no quisiera.

[Terencio. **Formio**, 949.]

No sabéis, ninguno, lo que queréis ni lo que no queréis.

PETRARCA Sin ver, caí en la trampa. Mas si en días pasados eran mis sentimientos distintos a lo que ahora son, el amor y la juventud fueron la causa. Ahora sé lo que quiero y lo que deseo, y al fin he hecho firme mi alma tambaleante. Por su parte ella ha estado siempre firme en la mente y siempre igual. Entre más entiendo la constancia de esa mujer, más la admiro; y si a veces lamentaba su resolución, ahora la disfruto y agradezco.

SAN AGUSTÍN No es fácil creer a un hombre que alguna vez os ha engañado. Podéis haber cambiado el aspecto exterior de vuestra vida, mas aún no me habéis convencido de que también se encuentra cambiada vuestra alma.

Si bien se encuentra algo calmada y menguada vuestra llama, aún no se encuentra bien apagada. Mas vos que apreciáis tanto a la que amáis, ¿no veis con qué profundidad os condenáis al absolverla? Gozáis al verla como modelo de pureza, y afirmáis no tener sentimientos como un delincuente; y aseveráis que es la más feliz de las mujeres, y que su amor ha hecho de vos el más infeliz de los hombres. Si recordáis, es precisamente lo que dije al principio.

PETRARCA Sí recuerdo. No puedo negar la verdad de lo que decís, y veo hacia dónde poco a poco me lleváis.

SAN AGUSTÍN Para poder verlo aún mejor, prestadme vuestra atención entera. No hay nada que más conduzca a un hombre a olvidar o a despreciar a Dios que el amor a lo temporal, y más que nada esa pasión que llamamos amor, al que mediante la mayor de las profanaciones le dimos hasta el nombre de Dios, sin duda alguna con el único fin de ponerle velo celestial a nuestras tonterías humanas, haciendo pretexto de inspiración divina cuando queremos cometer alguna transgresión enorme. En el caso de las demás pasiones, nos cautivan al ver al objeto, la esperanza de poder gozarlo y el ardor de la voluntad. El amor también exige todo lo anterior, y pide además una pasión recíproca, sin la cual se vería obligado a desaparecer. Así que mientras en los demás casos ama uno solo y sin compañía, en este caso hay que dar amor por amor, y así queda punzado el corazón del hombre una y otra vez. Por eso tenía razón Cicerón al escribir que «De todas las pasiones del alma, sin duda, la más violenta es el amor», y tenía que haber estado muy convencido de sus principios cuando agregó «sin duda», él mismo que en cuatro libros demuestra que comprendía que la Academia de Platón lo dudaba todo. [**Oraciones tusculanas**, iv, 35.]

PETRARCA Mucho me he fijado en esa cita, pensando por qué, de las pasiones, diría que es la más violenta de todas.

SAN AGUSTÍN Se habría desvanecido vuestra sorpresa si no hubierais perdido vuestras facultades retentivas. Mas debo recordaros mediante una breve amonestación, la memoria de sus muchos males. Pensad lo que erais cuando aquella plaga os prendió el alma; que tan de repente os pusisteis a lamentar, llegando a tal grado de infelicidad que sentíais el placer morboso de vivir de llanto y suspiros. El pasar noches sin sueño, siempre murmurando el nombre de

vuestra amada, despreciándolo todo, odiando la vida, deseando la muerte, con un afán melancólico de estar solo, evitando a todos vuestros congéneres. Bien se podrían aplicar a vos, ya que van exactamente de acuerdo a vuestro caso, los renglones en que Homero describe a Belerofonte:

Allá en los alegres campos vagaba triste,
con remordimiento, lejos de los caminos de los hombres.

[**Oraciones tusculanas**, iii, 26.]

¿Qué significaba aquella cara pálida y figura desgarbada?
¿Aquella flor de vuestra edad marchita antes de tiempo,
aquellos pesados ojos, bañados siempre en lágrimas, la
mente en condiciones agitadas, vuestro descanso inter-
rumpido y gemidos lastimeros aun cuando dormíais?
¿Por qué se puso débil y alterada vuestra voz por la
dolencia de vuestro corazón, y el mismo timbre de
vuestras palabras, indistintas y mal pronunciadas, un
corazón afligido y en desorden? ¿A ésas llamáis señales
de buena salud? ¿No fue la causa esa dama con quien para
vos se iniciaba y se terminaba cada día, fuera éste de
banquete o de ayuno? ¿Que no a su llegada brillaba el sol,
y cuando os dejaba, volvía la noche? Cada uno de los
cambios de su rostro os provocaban un cambio en vuestro
corazón; y si se encontraba triste ella, de repente os
llenabais de tristeza. En una palabra, vuestra vida se hizo
totalmente dependiente de la de ella. Sabéis que no digo
más que la verdad y lo que anda en boca de todos.

¿Pues qué podría carecer más de sentido que, sin
contentaros con la presencia de su rostro vivo, causa de
todos vuestros males, tengáis necesidad de un cuadro
pintado por un artista de gran fama, para que pudierais
llevarlo con vos adondequiera, para que tuvierais un

manantial inagotable de lágrimas, temiendo, supongo, que de otra manera pudiese agotarse su fuente? De todo aquello erais por demás vigilante, descuidando todo lo demás. Mas llegando a lo que es la misma expresión de vuestra insensatez, de la cual os apercibí hace poco tiempo, ¿quién pudiera pronunciar con suficiencia su indignación y asombro ante dicha señal de una mente destemplada que, tan deslumbrada por la belleza de su nombre como de su persona, con una necesidad perfecta habéis dado homenaje a todo lo que tiene la más remota liga con ese mismo nombre? Si hubierais gustado algo del laurel de imperio o de la poesía, no valdría nada ya que el nombre que llevaban era de ella; y de ese momento en adelante vuestra pluma casi no produce verso en que no hayáis hecho mención del laurel, como si fuerais de verdad un habitante del río de Peneo o un sacerdote del Monte de Cirra.

Y al final, al descubrir que el laurel de imperio estaba más allá de vuestro alcance, con tanto desenfreno como el que demostrasteis en el caso de vuestra misma amada, ahora habéis codiciado el laurel de la Poesía ya que parecía que por el mérito de vuestras obras ofrecía mayores posibilidades.

Aunque a fin de ganar vuestro premio os elevasteis en las alas del ingenio, sin embargo os estremeceréis al recordar con cuánta dificultad lo lograsteis. Advierto con claridad la excusa que habéis de ofrecer y veo vuestro pensar en el momento en que abris vuestros labios. Aseveraréis que teníais algún tiempo ya dedicado a dichos estudios antes de llegar siquiera a ser amante, y que el deseo de la gloria de la corona del poeta había nutrido vuestro corazón desde la niñez. Ni lo niego ni se me olvida, mas el hecho de que su uso haya quedado obsoleto durante siglos, y siendo ésta una época muy desfavorable

para estudios como el vuestro, considerando también los peligros de los largos viajes, que os hubiesen llevado a los umbrales de la prisión y de la misma muerte, sin hacer mención de otros obstáculos a la fortuna, no menos violentos que éstos. Todas esas dificultades, diría yo, tal vez os hubieran dejado sin determinación alguna, si el recuerdo de un nombre tan dulce, siempre enredado en lo más recóndito del alma, no hubiera disuelto todas las demás congojas, llevándoos por mar, por tierra, por accidentadas montañas, a Roma y a Nápoles, donde a final de cuentas lograsteis lo que habíais anhelado con tanto ardor. Si todo aquello no os parece sino señal de una pasión moderada, cuando menos podré tener la certeza de que erais víctima de un engaño que poco tiene de moderado.

A propósito omito lo que no se avergonzaba Cicerón de imitarle a Terencio cuando escribió:

Injurias, sospechas, riñas feroces, celos, guerra y una vez más la paz: he ahí las infelicidades del amor.

¿No reconocéis de una vez en sus palabras la locura y, más que nada, la locura de los celos que como bien sabe uno, es el poder que rige en el amor, ya que es el amor la pasión que manda por encima de todas las demás? Tal vez respondáis: «Confieso que así es, mas ahí estará la razón que templará tal exceso». El mismo Terencio contemplaba ya vuestra respuesta cuando agregó:

Resolver por tales pequeñeces la sana regla es estar loco con cordura.

La frase, cuya verdad difícilmente impugnaréis, si no estoy equivocado pone fin a todos esos subterfugios vuestros.

Así son, pues, las infelicidades del amor, de cuyas particularidades es inútil hablar a los que las han probado, y que no serían creídas por los que jamás lo han hecho. Mas la peor de todas, volviendo a nuestro tema, es que engendra el olvido de Dios y de la verdadera condición del hombre. ¿Pues cómo podrá el alma aplastada por tales pesos elevarse a esa fuente singular y tan pura del verdadero bien? Y siendo así, podéis dejar por un lado vuestro asombro de que Cicerón nos hubiese dicho que no hay pasión del alma del hombre que le parezca más violenta que el amor.

PETRARCA Tengo que darme por vencido; pues tal parece que todo lo que habéis dicho proviene del mismo corazón del libro de la experiencia. Y ya que habéis citado la comedia de Terencio, permitidme el gusto de extraer de ahí mismo esta triste queja:

¡Oh hecho vergonzoso! Muy acongojado estoy.
Cansado de amor ardiendo; los ojos abiertos,
mente clara, deshecho estoy; sin saber ni
qué hacer.

Recordaré al igual este consejo de las palabras del mismo poeta:

Pensad, mientras haya tiempo, una y otra vez más.

SAN AGUSTÍN Y yo también de los labios de Terencio os daré mi respuesta:

Lo que en sí no lleva regla ni razón,
ni por regla ni razón se puede retener.

PETRARCA ¿Entonces qué se puede hacer? ¿He de perder la esperanza?

SAN AGUSTÍN Es lo último en el mundo que hay que hacer. Sin embargo, permitidme exponeros brevemente el remedio que propongo. Sabéis que en el tema no únicamente existen tratados especiales elaborados por filósofos eminentes, sino que algunos de los poetas de mayor fama han dedicado a él libros enteros.

Casi sería un insulto señalar quiénes son, y sobre todo a vos, que sois maestro de toda la especialidad, u ofrecer algún consejo respecto de la lectura de sus obras; aunque tal vez me convenga decir una palabra sin ofensa con el propósito de insinuar en qué forma podrá aplicarse el estudio de ellos a vuestro propio bienestar.

Ved primero, entonces, lo que ha dicho Cicerón:

Piensen algunos que puede ser expulsado un viejo amor por uno nuevo, como un clavo con otro se saca.

[**Oraciones tusculanas**, iv, 35.]

Y concuerda Ovidio, ofreciendo esta regla general:

Los viejos amores siempre deben ceder ante los nuevos.

[**De remediis amoris**, i, 162.]

Y sin duda es la verdad, pues la mente en tal forma dividida y repartida entre distintos objetos se siente desplazada con menor fuerza hacia uno u otro. Así que el río Ganges, según nos dicen, fue dividido por el rey persa en múltiples cauces, y este río, que era tan profundo y formidable, fue repartido entre mil arroyuelos sin importancia. De modo que un ejército, disperso y esparcido, se hace vulnerable ante el enemigo; así amaina el fuego disperso; en una palabra, todo poder en el mundo al

concentrarse aumenta, y al dispersarse queda reducido. Por otra parte, y creo que no hay que olvidarlo, puede haber gran peligro cuando se deja una pasión de lado y, por así decirlo, alguna que sea de características más nobles; podréis, si no tenéis cuidado, incurrir en otra relajación, persiguiendo a las mujeres con libertinaje desenfrenado. A mi criterio entonces, si tiene uno que morir sin remedio, pues existe el consuelo de hacerlo de una herida más noble y no de una menos noble. Así que si pedís mi consejo es éste: Tomad vuestro valor con ambas manos. Huid si es que os cabe la posibilidad de hacerlo; y aun diría yo, pasad de una prisión a otra; tal vez en el camino logréis fugaros o bien encontréis una disciplina más blanda a que someteros. Mas cuidado, cuando la cerviz la tengáis libre de un yugo tal, no la coloquéis bajo el peso de una multitud de opresiones aún más bajas y viles.

PETRARCA Mientras el doctor no termine con sus consejos, ¿le permitirá al paciente agonizante de su mal, que lo interrumpa por un momento?

SAN AGUSTÍN Por supuesto. ¿Por qué no? Muchos doctores, guiados por los síntomas del paciente así declarados, han logrado dar con el mismo remedio que le hacía falta.

PETRARCA Entonces lo que quiero decir no es más que esto: Para mí amar a otra es imposible. Mi mente ha vivido sólo para amarla; mis ojos nada más para buscarla; salvo ella, todo para ellos no es nada, o es simple oscuridad. Así que si vuestro remedio para poder sanar de este amor es amar a otra, vuestra condición es un imposible. En tal caso todo se acabó y perdido estoy.

SAN AGUSTÍN Están opacados vuestros sentidos, vuestro apetito perdido; ya que así no podéis tomar remedio interno alguno, hay que recurrir a otro tratamiento viendo qué es lo que se puede lograr con un cambio de escenario.

¿Podéis llegar a concebir en la mente la huida o el exilio y el abandono inmediato de los lugares que conocéis?

PETRARCA Aunque siento que su atracción me lleva a ella con garfios de acero, si tuviera que marcharme, puedo.

SAN AGUSTÍN Si podéis, estaréis a salvo. ¿Qué más puedo decir, entonces, sino este consejo de Virgilio, cambiando únicamente dos palabritas?:

Ah, huir de esta tierra tan querida, dejando atrás esta costa por ti tan preciada.

Pues, ¿cómo podréis continuar a salvo entre estas escenas donde existen tantas memorias de vuestras heridas, donde lo actual y la memoria de lo pasado siempre se aferran de vos? Así que digo, como también lo aconseja Cicerón:

Buscad el cambio de escena; procurad hacer como el que se recupera de alguna enfermedad.

[**Oraciones tusculanas**, iv, 35.]

PETRARCA Pensad en lo que recetáis. Pues tantas y tantas veces, ansiando el alivio, y conocedor de tales consejos, he intentado dicho remedio de la huida; y aun cuando he simulado otras razones de la misma; no obstante, el objeto y propósito de todas mis peregrinaciones y de todo mi retiro al campo era uno solo, ¡llegar a ser libre! Por ello he viajado muy lejos hacia el poniente, hacia el norte, hasta los mismos confines del océano. A mis anchas he vagado. Veis lo que me ha beneficiado. Así que el símil de Virgilio tantas veces se ha alojado en mi corazón:

Aun a aquella cierva herida, que descuidada
lejos vagaba en los placenteros bosques de Creta,
la traspasa el cazador con su arma filosa,

e ignorante por la loma del Monte Dicte,
huye herida, y la flecha fatal penetra
su costado doliente. [**Eneida**, iv, 69-73.]

Soy así como la cierva. He huido, mas dondequiera llevo
conmigo la herida.

SAN AGUSTÍN Vos mismo me habéis dado la respuesta que
buscáis.

PETRARCA ¿Cómo es así?

SAN AGUSTÍN ¿Por qué, entonces, no veis que si un hombre
lleva consigo su herida, el cambio de escenario no es más
que un agravante de su dolor y no un medio para su
curación? Se podría decir que vuestro caso es igual al de
un joven que se quejó ante Sócrates de haberse ido a un
viaje que no le benefició en lo absoluto. «Os fuisteis de
viaje con vos mismo», dijo el sabio. [**Epístolas**, xxviii.]

Primero debéis deshaceros de la carga de vuestras viejas
pasiones, preparando vuestra alma. Entonces debéis huir.
Pues ha quedado comprobado por demostración, no
únicamente en lo físico sino también en lo moral, que de
no estar bien dispuesto el paciente, es en vano el auxilio
del doctor. Por otra parte, si os fuerais a las Indias tan
lejanas, descubriríais que Horacio no dijo más que la
verdad cuando dijo:

Quien cruza el mar con la paz como destino,
muda de cielo sin poder cambiar el alma.

O así:

A esto llegamos; cuando por el mundo nos desplaza-
mos, no es más que el clima, y no la mente, lo que
cambiamos. [**Epístolas**, v. i, xi, 37.]

PETRARCA Debo decir que no puedo entenderos. Me dais receta para curar y sanar mi alma diciéndome que primero tengo que curarla y luego huir. Ahora bien, mi dificultad es que no sé curarla. Si queda curada, ¿qué más necesito? Mas si otra vez no queda curada, ¿de qué provecho me será mudar de escenario? Es inútil la ayuda que me ofrecéis. Decidme brevemente cuáles son los remedios que debo aplicar.

SAN AGUSTÍN No dije que debíais curar y sanar vuestra alma. Lo que dije es que debéis prepararla. En cuanto a lo demás, o quedaréis curado y entonces la mudanza de escenario establecerá vuestra salud en terreno firme; o bien aún no quedaréis curado, sino preparado únicamente, y luego tendrá el mismo resultado final la mudanza de escena. Mas si vuestra alma no queda ni curada ni preparada, dicha mudanza y frecuente traslado de un lugar a otro no hará sino avivar vuestras congojas. Aún os aconsejo que toméis una hoja del libro de Horacio:

Pues la cura de los males de la mente vendrá por cordura y sabiduría, no por una bella vista marina.

[*Epístolas*, v.i., xi, 25-6.]

Lo que dice es cierto. Habéis de comenzar lleno de esperanzas y del deseo de volver, cargando con vos todo lo que os ha entrampado el corazón. En el lugar en que os encontréis, al lado a que os volváis, veréis el rostro, oiréis la voz de quien abandonasteis. Por dicho triste encanto que es propio de los amantes, tendréis la facultad de verla aunque os encontréis ausente, y de oírla aunque esté lejos; ¿y os imagináis que ha de extinguirse el amor por tales subterfugios? Creedme que más bien ha de arder con mayor fuerza. Los que se precian de maestros del arte del amor, entre otros axiomas suyos prescriben breves

ausencias uno del otro por parte de los amantes, por el temor de que se cansen de verse cara a cara o de su insistencia. Por lo tanto aconsejo, recomiendo y os prescribo que aprendáis a apartar totalmente el alma de lo que tanto le pesa, retirándoos sin esperanza de volver. Descubriréis entonces, y no antes, lo que puede lograr la ausencia en la curación del alma. Si la fortuna os hubiera destinado a alguna región insalubre en que os quedarais expuesto a enfermedad constante, ¿acaso no huiríais de ella para jamás volver? Por lo tanto os aconsejo que así hagáis ahora, a no ser que, como mucho lo temo, les importe más a los hombres el cuerpo que el alma.

PETRARCA Es asunto de ellos. Mas, sin duda, si me encontrara enfermo por la insalubridad del lugar en que estuviese, elegiría para mi recuperación algún lugar de clima más sano, y mi conducta sería la misma y con motivos aún más poderosos, en el caso de malestares del alma. Mas por lo que veo, es cuestión más difícil su curación.

SAN AGUSTÍN El testimonio unánime de los filósofos más grandes comprueba la falsedad de tal aseveración. Es evidente que se posibilita la curación de todos los males del alma, únicamente si el paciente no opone ningún obstáculo, por más que son incurables muchos malestares del organismo por medio alguno de los conocidos. En cuanto a lo demás, y para no desviarnos mucho de nuestro tema, insisto en mi criterio. Deberéis, como dije, dejar preparada vuestra alma, enseñándola a renunciar al objeto de su amor, para jamás volver ni una vez, para nunca más ver lo que ansiaba buscar. Es la única vía segura para el amante; y si deseáis salvaros el alma de la ruina, es lo que debéis hacer.

PETRARCA Para que veáis con qué perfección tengo asimilado todo lo que habéis dicho, permitidme reiterar que es inútil buscar el cambio de lugar salvo que primero se deje

preparada el alma; dichos viajes una vez preparada la han de curar y la han de restablecer una vez curada. ¿No es así la conclusión de vuestro triple precepto?

SAN AGUSTÍN Sí, es así precisamente, y resumís muy bien lo que tengo expuesto.

PETRARCA Sólo pudiera haber adivinado vuestras dos primeras verdades sin que las señalarais; mas en lo que respecta a la tercera, que el alma, cuando queda curada y restablecida su salud, aún necesite la ausencia, eso no lo entiendo a no ser que el temor a una recaída sea el motivo de lo que decís.

SAN AGUSTÍN ¿Mas seguramente no lo suponéis de poca importancia aun tratándose de la salud del organismo? Y tanto más grave creería uno el caso respecto del alma, donde la recaída sería mucho más repentina y peligrosa. Por eso diría yo que nos refiramos una vez más a los comentarios de Séneca, quien en una carta escribe: «Si un hombre desea dar por terminado el amor, debe evitar todo recuerdo de la figura amada», agregando como su motivo, «Pues no hay nada que vuelva a revivir tan fácilmente como el amor.» ¡Cuánta verdad encierra el dicho, y qué profunda experiencia de la vida delata! Mas no hay necesidad de presentar a más testigos en apoyo a lo anterior que los que vuestro propio conocimiento puede aportar.

PETRARCA Sí, acepto que habla con la verdad, mas si os fijáis, no habla del que ha dado por terminado el amor, sino del que desea darlo por terminado.

SAN AGUSTÍN Habla de todo hombre que se encuentra en peligro. Todo golpe, cualquiera que sea, es de mayor riesgo cuando existe alguna herida anterior sin sanar, o alguna enfermedad aún sin curación; y aun así después no hay seguridad. Y puesto que lo que más recordamos son los incidentes que nos han impresionado por nuestra

experiencia propia, permitidme indagar, ¿con qué frecuencia a vos que me habláis no os vendría a la memoria –al recorrer dichos lugares tan conocidos– el recuerdo de vuestras vanidades anteriores; quedando enmudecido, lleno de suspiros en vuestros pasos por este poblado que no ha sido la causa, mas sí el escenario de todos vuestros males; aunque antes de volver os creyerais curado, y así en buena medida habríais seguido, siempre que hubierais permanecido lejos? Y luego con dificultad para detener las lágrimas, medio herido de muerte, habéis huido y lamentado en vuestro propio corazón: «¡Aquí en estos lugares veo en cada esquina la emboscada de mi antiguo enemigo. Las señales de la muerte están siempre a mi alrededor!» De modo que si estuvierais ya curado, si aceptarais mis consejos, diría yo que «No permanezcáis mucho en este lugar. Al prisionero que rompe sus cadenas no le conviene vagar por las puertas de la prisión, siempre prestas para encerrarlo de nuevo, ante las que siempre se encuentra vigilante el carcelero, tendiendo sus trampas con especial diligencia para volver a capturar a aquellos cuya fuga lamenta».

El sendero descendente al infierno siempre despejado,
su funesta puerta abierta noche y día. [Eneida, vi, 126-27.]

Si de tales precauciones tienen necesidad aun los hombres con salud, ¿cuánto más necesarias son en el caso de los que aún no se libran de su enfermedad? En lo anterior pensaba Séneca cuando redactó el axioma. Brindaba consejos a los que se encontraban en el mayor peligro, pues de nada servía hablar de los que ya habían quedado consumidos por la llama, a quienes ya nada les importaba su seguridad. Se dirigía él a los que se encontraban en otra etapa, a quienes aún sintiendo el calor trataban de alejarse de la llama. Bastantes enfermos camino a la recuperación

han quedado nuevamente postrados por un trago de agua que antes de la enfermedad no les hubiera hecho daño alguno; y tantas veces el que ya agotado por su larga jornada de labores ha quedado tirado por alguna pequeña sacudida que, estando dotado de su plena fuerza, no le hubiera hecho nada en absoluto.

En ocasiones no falta más que una pequeñez, cuando viene el alma emergiendo de sus congojas, para que una vez más se vaya hundiendo al abismo. Ver la púrpura en los hombros ajenos despierta de nuevo toda nuestra ambición latente; la presencia de un montoncito de dinero incita nuestra sed del oro; un vistazo hacia una hermosa dama despierta de nuevo nuestro deseo; una leve mirada podrá despertar el amor dormido.

Poco sorprende que tales plagas se apoderen de vuestras mentes, cuando veis la locura del mundo; y una vez que vuelven a penetrar el alma, llegan con una facilidad fatal. Y siendo así, no es suficiente simplemente abandonar el lugar afectado por la plaga, mas vos, hombre, deberéis persistir en vuestra huida por la vida, hasta escaparos de todo lo que pudiese arrastrar al alma de nuevo a sus viejas pasiones; con el temor de que al volver de la fosa con Orfeo y mirando hacia atrás, perdierais una vez más a vuestra Eurídice.

Así se resume mi consejo.

PETRARCA Lo acepto de buena gana y con agradecimiento, pues creo que el remedio conviene a mi herida. Es mi intención huir, mas aún ignoro el derrotero que deba elegir.

SAN AGUSTÍN Tenéis abiertas mil vías para elegir por todos lados; mil puertos se disponen a recibirlos. Ya sé que más que a otras tierras, vuelve vuestro corazón a Italia, y que el amor a vuestro terruño natal tenéis innato. Y estáis bien, ya que:

Ni los ricos bosques de Media ni la corriente del Ganges,
por más hermosa, ni el oro ondulante de Hermos,
podrán igualar a Italia, Bactriana y la India,
y toda Pacheia con sus olores singulares
no se mencionarán. [**Geórgicas**, ii, 136-39.]

Creo que vos mismo no hace mucho, en una carta a uno de vuestros amigos, habéis tratado este tema del famoso poeta con mayores detalles en un poema latino. Entonces Italia sería para vos mi elección; pues las costumbres de su gente, su clima, el mar que baña sus costas, la sierra de los Apeninos que se interpone entre ellas, prometen todos que un viaje allá convendría más a la extirpación de vuestros problemas que un viaje a cualquier otra parte del mundo. No obstante, no quisiera limitaros a un solo rincón de la tierra. Id con buen amparo donde os lleve la inclinación; id sin temor y con mente libre; no miréis hacia atrás, olvidando el pasado, avanzando hacia el futuro. Veréis cuánto tiempo fuisteis de forastero en vuestra propia tierra y en vuestro propio ser. Es hora de volver, ya que:

Pues ya anocheció, y es la noche
principalmente amiga de ladrones.
[Petrarca. **Salmos penitenciales**, iii.]

Os advierto con palabras vuestras.

En un consejo más debo insistir, que por poco se me olvidaba. Debéis evitar la soledad, mientras no quedéis bien seguro de que no tengáis ni rastro de vuestro viejo malestar. Me dijisteis que la vida campestre no os hizo ningún bien. En eso no hay nada sorprendente. ¿Qué remedio podríais encontrar en un lugar tan solitario y remoto? Permitidme confesar que con frecuencia, cuando os retirabais allá completamente solo, suspirando, y

volviendo tristes los ojos de nuevo al poblado, me he reído a carcajadas diciendo para mí: «¡Qué tanto más ciego ha dejado el amor a este ser tan infeliz, haciéndolo olvidar de plano aquel verso que conoce todo escolar, acerca de huir de sus problemas encontrando la muerte!».

PETRARCA Confieso que tenéis la razón, ¿mas cuáles son los versos a que aludís?

SAN AGUSTÍN De Ovidio, por supuesto:

¡Amante!, quien quiera que seáis, solo no viváis,
en la soledad deshecho quedaréis.
Más a salvo estáis entre la muchedumbre,
palabra de verdad,
el bosque solitario no es lugar para gente como vos.
[*De remediis amoris*, 579-80.]

PETRARCA Sí, los recuerdo perfectamente, sabiéndolos casi de memoria desde la niñez.

SAN AGUSTÍN Tanto habéis aprovechado sabiendo tantas cosas, y sin saber aplicarlas a vuestras necesidades. En circunstancias en que no únicamente sabéis todo el testimonio de los antiguos, sino que también tenéis comprobados los males de la soledad, me asombra que podáis cometer la indiscreción de buscarla. Vos de hecho con frecuencia os habéis quejado de que no convenía estar solo. Lo habéis expresado en mil lugares, y sobre todo en el fino poema que compusisteis acerca de vuestra propia desventura. Sus dulces acentos me encantaban mientras escribíais. [*Epístolas*, i, 7.]

Me sorprendió oír surgir una canción tan armoniosa de un alma tan llena de agitación, y que viniera de los labios de un hombre tan apartado de la sensatez; y me preguntaba, ¿qué fuerza del amor podrá evitar que las musas ofendidas abandonaran un nido tan triste de problemas y,

asustadas por tal aberración mental en su anfitrión, dejaran totalmente su morada acostumbrada? Pensé en las palabras de Platón, «Que ningún hombre plenamente cuerdo llame a la puerta de la poesía», y luego en Aristóteles, quien le siguió y dijo, «Todo gran ingenio lleva en sí algo de locura», mas recordé que en aquellos dichos suyos pensaban en un frenesí bastante ajeno al vuestro. No obstante, en otro momento volveremos al tema.

PETRARCA Me veo obligado a confesar que es la verdad lo que decís; mas jamás pensé haber elaborado versos tan armoniosos que fuesen merecedores de vuestras alabanzas y premiación. Para mí serán aún más queridos ahora que lo sé.

Si tenéis otro remedio que ofrecerme, os ruego que no se lo neguéis al necesitado.

SAN AGUSTÍN Exponer todo lo que uno sabe es más bien acto de un jactancioso que de un amigo sabio. Recordad además que el hombre no inventó todos los diversos remedios, internos y externos, para las diversas enfermedades, con el propósito de que todos y cada uno de ellos fuese aplicado en toda ocasión, sino que, como observa Séneca ante Lucilo:

No hay nada tan contrario a la labor curativa que el cambio frecuente de remedio; y no hay lesión que sane perfectamente a la que se aplique primero una y después otra medicina. La práctica certera es la de aplicar el nuevo remedio sólo ante la falla del primero.

[*Epístolas*, ii.]

De modo que, aunque son muchos y variados los remedios para los malestares de esta índole, me voy a contentar señalando sólo unos cuantos, eligiendo los que a mi criterio más convengan a vuestra necesidad. Pues, de

hecho, no tengo deseo alguno de enseñaros simplemente lo que es nuevo, mas sólo de deciros cuáles remedios de todos los conocidos tienen a mi criterio las mayores posibilidades de eficacia en vuestro caso.

Hay tres cosas, como lo dice Cicerón, que alejarán la mente del hombre del Amor: la saciedad, el pudor y la reflexión. [**Oraciones tusculanas**, iv, 35.]

Puede haber hasta más; puede haber menos. Mas para poder seguir los pasos de tan grande autoridad, supongamos que son tres. En vuestro caso me será inútil hablar de la primera, ya que juzgáis imposible que alguna vez podáis llegar a la saciedad en vuestro amor. Mas aun así, si vuestra pasión ha de escuchar la voz de la razón juzgando el futuro por el pasado, confesaréis fácilmente que un objeto y aun el más amado podrá producir, no digo únicamente saciedad, sino también enfado y disgusto. Ahora bien, puesto que estoy bien seguro de que me avocaría a una búsqueda inútil si tomara esta ruta, pues aun cuando se confesara que la saciedad es una posibilidad que mata al amor, habréis de pretender que por el ardor de vuestra pasión os encontraréis a mil leguas de tal posibilidad, lo que me queda es mencionar únicamente los otros dos remedios restantes. No querréis impugnar mi aseveración de que la naturaleza os ha dotado de cierto poder de la razón, así como de algún talento para la formulación de un discernimiento de consideración.

PETRARCA A no ser que haya quedado engañado actuando como juez en mi propia causa, lo que decís es tan cierto que con frecuencia tengo la inclinación de pensar que me falta mucho en lo que respecta a mi sexo y esta época, en la cual, como sin duda observáis, todo le corresponde al sinvergüenza. Honores, prosperidad, riqueza: todos éstos dominan el campo; y ante ellos, la misma virtud, y hasta la fortuna, tienen que ceder.

SAN AGUSTÍN ¿No véis el conflicto que existe entre el amor y el pudor? Mientras uno incita al alma a avanzar, el otro la refrena; el uno mete la espuela y el otro tira fuerte en la brida; el primero no mira nada y el segundo observa con gran cuidado por todos lados.

PETRARCA Eso lo tengo por demás conocido, y siento a mi perjuicio que tanto se haya distraído mi vida por pasiones tan contrarias. Me llegan por turnos, de modo que mi pobre espíritu, arrojado aquí y allá, no sabe cuál impulso obedecer.

SAN AGUSTÍN ¿Me queréis decir si os habéis mirado en el espejo últimamente?

PETRARCA ¿Y por qué, digo yo, hacéis tal pregunta? No he hecho más que lo de costumbre.

SAN AGUSTÍN ¡Quiera el cielo que no lo hagáis con mayor frecuencia, ni con mayor autocomplacencia que lo que debiereis! Bien, ¿y no os habéis fijado que cambia día a día vuestro rostro, y que de tiempo en tiempo empiezan a apuntar las canas en vuestras sienes?

PETRARCA ¿Es todo? Pensaba yo que estabais a punto de preguntarme algo fuera de lo común; mas hacerse adulto, envejecer y morir es la suerte común de todo el que nace. He observado lo que acaece a casi todos mis contemporáneos, pues en estos días parece ser que el hombre envejece más pronto que antes, aunque no sé por qué ni a qué se debe.

SAN AGUSTÍN El envejecimiento de otros no os devolverá la juventud, tampoco la muerte de ellos os dará la inmortalidad. De modo que dejemos por un lado todo lo demás, volviendo a vuestro caso. Decidme; cuando habéis notado dichas señales de cambio en vuestro propio cuerpo, ¿acaso no os ha ocasionado algún cambio en el alma?

PETRARCA Por cierto que me ha causado alguna impresión, mas no exactamente un cambio.

SAN AGUSTÍN ¿Cuáles eran, entonces, vuestros pensamientos, y que era lo que os decíais?

PETRARCA ¿Qué es lo que quisierais que yo dijera, salvo lo que dijo Domiciano el Emperador, «Con mente paciente soporto la situación de observar, aún joven, que mis cabellos se vuelven canosos»? Un ejemplo tan ilustre me ha consolado, por las canas que yo también observo. Y si tuviera necesidad de más, también recordé a un rey aparte del emperador; me refiero a Numa Pompilio el Segundo, quien como lo relata la historia, tenía canas aun desde su juventud. Y me asiste también la Poesía al igual que la Historia, pues el Virgilio nuestro en sus **Bucólicas**, cuando no tenía más de veinticinco años, hablando de sí mismo en la persona de un pastor, exclama:

Cuando mi barba ya encaneciendo la navaja conoció.
[**Églogas**, i, 29.]

SAN AGUSTÍN ¡Qué abundancia tan vasta de ejemplos domináis!

Quiera el cielo que tengáis tantos recuerdos de vuestra propia muerte. Pues no alabo a aquellos entes que le llevan a uno a deshacer las canas que anuncian la avanzada edad, y los primeros mensajeros de la muerte. Y de nada sirven esos ejemplos si su efecto es de evitaros el recuerdo de cómo vuela el tiempo, permitiéndoos olvidar vuestra última hora propia a cuyo recuerdo todo mi discurso viene al caso y se dirige sin cesar. Cuando os pido que penséis en vuestra propia frente que se emblanquece, ¿acaso no me citáis a una muchedumbre de hombres famosos cuyas cabelleras eran blancas también? ¿Qué es lo que comprueba? Ah, si pudierais decir que eran inmortales, entonces por su ejemplo podríais deshaceros del temor de vuestras sienes cambiantes. Si en vez de mencionar la canosidad me hubiera aventurado a insinuar que os volvíais calvo,

¡supongo que me habríais arrojado a Julio César a los dientes también!

PETRARCA Ciertamente es. ¿Qué ejemplo más ilustre pudiera hacerme falta? Ahora, salvo que me encuentre en un error, es de hecho un gran consuelo encontrarse uno rodeado de compañeros de tanta fama. Sí, confieso libremente que en ningún momento estoy dispuesto a rechazar tales ejemplos que forman parte del equipaje que llevo en la mente a diario, pues para mí es un placer no únicamente en desventuras tales que la naturaleza o el azar me han deparado, sino también en las que aún me tienen guardadas. Es un placer, digo, tener siempre a la mano el alivio y consuelo que pueda yo obtener tan sólo de alguna razón verdaderamente convincente o ejemplo sobresaliente.

Entonces, pues, si queríais reprocharme por tener miedo a los truenos –acusación que no puedo negar, y uno de los motivos por el que tanto quiero el laurel, ya que se dice que los rayos no caen en ese árbol– entonces os he de responder que era una debilidad que compartía César Augusto; si alegáis que me estoy poniendo ciego –y ahí también tendríais razón–, os citaría a Apio Ceco y también a Homero, el príncipe de los poetas; si me decís tuerto, me he de escudar detrás de Aníbal, el líder púnico, o Felipe de Macedonia; me decís sordo y Marco Craso será mi defensa; decís que no soporto el calor y diré que no soy sino como Alejandro, príncipe de Macedonia.

Sería tedioso pasar por toda la lista; mas después de éstos podéis juzgar quiénes serán.

SAN AGUSTÍN Sí, perfectamente. No me disgusta nada vuestra riqueza de instancias, siempre y cuando no os provoque negligencia de vuestra persona, y sirva únicamente para dispersar las nubes del temor y la tristeza. Aplaudo todo lo que le ayuda al hombre a enfrentar con valor la llegada de la vejez, y que evite que lamente su presencia una vez

llegada. Mas aborrezco y abomino profundamente todo lo que le oculta la verdad de que la vejez es el puerto de salida de esta vida, cegándole ante la necesidad de reflexionar sobre la muerte. Aceptar con ecuanimidad la canosidad antes del momento que le corresponde a uno es signo de una buena disposición natural; mas si hay intento de imponer barreras artificiales, de defraudar al tiempo restando años, de lanzar gritos diciendo que las canas llegan muy pronto, empezando a pintarlas o a extirparlas, es un embuste, y por común que sea, no por ello es menos egregio después de todo.

No percibís, por ciego que estéis, cuán velozmente ruedan las estrellas en su trayecto, y cuán pronto el paso del tiempo consume el espacio de vuestra breve vida, y os maravilláis viendo la llegada de la vejez, apurando sin demora el despacho de todos vuestros días.

Parecen ser dos las causas que nutren este engaño. La primera es que hasta la vida más breve se encuentra partida por algunas personas entre cuatro y por otras entre seis, y por otras más entre un número aún mayor de períodos; es decir, la realidad es tan pequeña, y puesto que no la podéis hacer mayor, pensáis hacerla más grande por la división. ¿Mas de qué provecho será toda aquella división? Haced las partículas que queráis, y todas desaparecen en un momento, en un abrir y cerrar de ojos:

Ayer nació el pequeño,
ved hoy al muchacho hermoso,
luego el joven apresurado,
luego el fin de la vida y la dicha.

Observáis con qué palabras tan apresuradas el poeta sutil ha bosquejado el rápido transcurso de nuestra vida. De

modo que es en vano que tratéis de alargar lo que la naturaleza, madre de todos nosotros, ha hecho tan breve.

La segunda causa es que persistiréis en dejar que la vejez os encuentre aún enfrascado en juegos y placeres vacíos, como los antiguos troyanos quienes en sus usos acostumbrados pasaron la última noche sin percibir:

El caballo artero y fatal, que adentro llevaba
las gavillas armadas, había rematado las murallas
de Pérgamo. [**Eneida**, vi, 515-6.]

Sí, aun así no percibís que la vejez, llevando tras sí al guerrero armado de la muerte, duro y sin misericordia, ha brincado el baluarte poco custodiado de vuestro cuerpo; y luego encontráis que vuestro enemigo se ha deslizado ya por su cuerda en silencio:

Y penetra ya el invasor dentro de la puerta,
tomando a la ciudad en su sueño borracho.
[**Eneida**, ii, 265.]

Pues en el cuerpo craso y el placer de las cosas temporales, no estáis menos borracho que aquellos troyanos de antaño, como los vio Virgilio, en su sueño y su vino. O bien, viendo por otros sitios, se ve algo no menos cierto en los pulcros versos del Satírico:

Se desenvuelven nuestras vidas en el aire matutino
como el lirio de un día.
«Venid a traernos vino», –gritamos–.
«Ey, arrimad flores, olores, damas hermosas».

Mas, ¡ay! sin poder darnos cuenta aún,
la Vejez todo se lo lleva. [Juvenal, ix, 126-9.]

Ahora, volviendo a nuestro tema y a vos, cuando llega la vejez de puntillas llamando a vuestra puerta, hacéis un esfuerzo por ponerle la tranca. Creéis que por alguna infracción de la naturaleza ha llegado muy pronto. Quedáis deleitado cuando os encontráis a alguna persona bastante anciana que os conocía cuando niño, sobre todo, como acostumbra la gente, si lo toma como si fuera apenas ayer o anteayer. Creéis conveniente olvidar que puede uno decir lo mismo de todo viejo chocho, no obstante lo decrepito. ¿A final de cuentas, quién no fue niño ayer, u hoy?

Podemos ver aquí y allá, encontrando a infantes de noventa disputando por pequeñeces y todavía ocupados de juguetes infantiles. Se van los días, se pudre el cuerpo, queda el alma donde estaba. Aunque todo está podrido con la edad, el alma jamás ha crecido ni llegado a la madurez, y es una verdad como dice el proverbio, «Un alma acaba muchos cuerpos». Pasa la infancia, mas como comenta Séneca, «queda la puerilidad». Y creedme, tal vez no seáis tan joven como os imagináis, pues la mayor parte de la humanidad no ha alcanzado la edad vuestra.

Por eso, que os dé vergüenza pasar por amante envejecido; vergüenza por ser tanto tiempo la burla del pueblo; y si la verdadera gloria para vos no tiene atractivos, cuando menos dejad que el cambio de parecer venga al rescate y os saque de la desgracia. Puesto que si veo las cosas con algo de verdad, el hombre deberá cuidar su fama, al menos para evitar a sus amigos la necesidad vergonzosa de contar mentiras. Todo el mundo se debe esto a sí mismo y sobre todo un hombre como vos, que

tenéis un gran público que satisfacer, y que siempre habla de vos:

Grande es la tarea de defender el nombre de un gran hombre. [Séneca. **Epístolas**, iv.]

Si en vuestro poema **África** hacéis al enemigo belicoso ofrecer tan buenos consejos a vuestro querido Escipión, bien podréis permitir para vuestro propio provecho, que un padre que os ama con ternura pronuncie con sus labios la misma amonestación.

Guardad las puerilidades de la infancia; ahogad los deseos ardientes de la juventud; no penséis todo el tiempo en lo que vais a ser y hacer después; mirad bien lo que sois ahora; no penséis que se ha puesto ante vuestros ojos el espejo sin motivo, mas recordad lo que está escrito en el **Libro de interrogativas sobre la Naturaleza**:

Se inventaron los espejos para que los hombres se conocieran. De ahí se deriva mucho provecho. Primero, el conocimiento de uno mismo; segundo, un consejo sabio. Sois buen mozo, pues cuidado con lo que afea: ordinario, entonces compensad con virtud lo que falta de buen rostro. Sois joven, recordad entonces que la primavera de la juventud es tiempo de estudio y de las labores varoniles; viejo, entonces dejad a un lado los vicios feos de la carne, volviendo vuestro pensar a lo que será el final definitivo.

[Séneca. **De natura questiones**, i, 17.]

PETRARCA Siempre ha vivido en mi recuerdo, desde el primer día en que lo leí; pues eso mismo vale la pena de recordarlo y es sabia la advertencia.

SAN AGUSTÍN ¿De qué provecho os ha sido leer y recordar? Mejor os habríais excusado si hubierais hecho valer la ignorancia como escudo. Sabiendo lo que sabéis, ¿no os da vergüenza ver que vuestras canas no han efectuado en vos ningún cambio?

PETRARCA Estoy avergonzado, lo lamento, me arrepiento, mas en cuanto a hacer más, no puedo. Además, sabéis que tengo este poco de consuelo, que ella también envejece conmigo.

SAN AGUSTÍN ¡La misma palabra de Julia, hija de César Augusto! Sin duda ha quedado fijada en vuestra mente, ¿no? Cuando le reprobó su padre por no querer tener a gente mayor a su alrededor, como en el caso de Livia, contra la reprobación paterna esgrimió la fácil réplica:

Serán de mayor edad tan pronto como yo.

Mas por favor, decidme, ¿suponéis que a vuestra edad será más decoroso ocuparse uno de una vieja que amar a una joven? Por lo contrario, será menos decoroso, por ser menor el motivo del amor. Bien podríais avergonzaros por no volveros más sabio aunque veis vuestro cuerpo a diario envejecer. Es todo lo que puedo decir acerca del tema de la vergüenza.

Mas como nos lo dice Cicerón, no es más que mezquindad dejar que la vergüenza haga la tarea de la razón; de modo que vamos a volver a la razón, el verdadero origen de todo remedio. De seguro la encontraréis mediante el uso de la reflexión profunda: la tercera de las cosas que apartan al alma del amor. Recordad que a donde os llaman es a la ciudadela donde estando solo podréis estar bien a salvo contra las incursiones de la pasión y sólo por ella mereceréis el nombre de Hombre. Considerad, pues, primero qué cosa tan noble es el alma, tan grande es que

de discurrir como quisiera, tendría la necesidad de hacer todo un libro al respecto. Considerad, además, la fragilidad y la vileza del cuerpo, que no demandaría menos tratamiento que la otra. Pensad también en la brevedad de nuestra vida, respecto de la cual muchos grandes hombres nos han dejado sus libros. Pensad en la fuga del tiempo, que hasta ahora nadie ha sido capaz de expresar en palabras. Pensad en la muerte, una realidad tan cierta, la hora tan incierta, mas en todas partes y en todo momento inminente. Pensad cómo quedan decepcionados los hombres en este único aspecto, que creen que pueden postergar lo que de hecho nunca puede postergarse: pues nadie realmente es tan tonto, suponiendo que se le haga la pregunta, que no conteste que por supuesto algún día ha de morir. Así que no dejéis que la esperanza de mayor vida se burle de vos como se burla de muchos otros; más bien guardad en el corazón el verso que parece como si fuera oráculo del cielo:

Contad cada día que amanezca como si fuera vuestro último. [Horacio. **Epístolas**, i, 4, 13.]

Pues ¿no es cierto que para los hombres mortales cada día de verdad es el último, o todos menos el último? Considerad, además, lo vergonzoso que es que los hombres os señalen con el dedo, y que lleguéis a ser el hazmerreír del pueblo; recordad también lo mal que cuadra vuestra profesión con tal vida. **Pensad cómo esta mujer ha lesionado vuestra alma, cuerpo y fortuna. Recordad lo que habéis soportado por ella, todo sin propósito; cuántas veces habéis sido burlado, despreciado, rechazado;** pensad en las lisonjas, los lamentos y todas las lágrimas que habéis echado al viento; pensad que una vez y otra os ha descargado todo eso con actitud de desdén

altanero, y si en algún momento ha dado muestras de mayor bondad, no fue sino en un suspiro que luego se desvaneció.

Pensad, además, cuánto habéis acrecentado su fama, y en lo que ha substraído ella de vuestra vida; como siempre habéis estado celoso de su buen nombre, mas ella siempre ha sido indiferente por vuestra misma persona y condición. Recordad que os ha apartado del amor a Dios, así como las grandes miserias en que habéis caído, por mí conocidas; mas las dejo en silencio para que las aves del aire no las transporten a otras partes.

Pensad, además, en las tareas que por todos lados reclaman vuestra atención, mediante las cuales podréis hacer un bien mucho mayor, mereciendo honores mucho más amplios; en cuántas cosas tenéis a la mano aún inconclusas, y que sería mucho mejor que volvierais a dedicarles más tiempo, en lugar de intentarlas en una forma tan somera como lo habéis hecho últimamente.

Finalmente, ponderad bien lo que es esa cosa que os provoca un deseo que tanto consume. Mas pensad como hombre y con la cabeza asentada; por el temor de que al volar quedéis maliciosamente enredado, como no pocos han quedado cuando el encanto fascinante de la belleza les alcanza sigilosamente por algún resquicio ignorado, y luego se alimenta y se fortalece a través de remedios malévolos.

Pues son pocos los que han saboreado dicho placer seductor aún pudiendo conservar suficiente hombría, por no decir valor, y que hayan sido capaces de aquilatar en su verdadero valor la pobre figura femenina a que me refiero. Cede con tanta facilidad la entereza de la mente del hombre, y con las presiones que ejerce la naturaleza, que más pronto él cae hacia el lado por el que se inclinaba. Tened el mayor cuidado para que no os pase lo mismo.

Alejad todo recuerdo de aquellas antiguas preocupaciones vuestras; apartad bien lejos de vos toda visión del pasado y, como lo que ha dicho alguien en determinado lugar, «arrojad a los niños contra las piedras», para que cuando crezcan ellos no seáis arrojado al atascadero. Y que no dejéis de llamar a la puerta del cielo con oraciones; que vuestras súplicas cansen los oídos del Rey celestial; día y noche levantad vuestra plegaria con lágrimas y llanto, para que el Todopoderoso acaso se compadezca de vos, dando fin a vuestra doliente congoja y aflicción.

Éstas son las cosas que debéis hacer, así como las protecciones que debéis emplear; si las observáis fielmente quedará a la mano el auxilio divino, y os ha de socorrer la mano derecha del Salvador a quien nadie puede resistir.

Pues aunque he hablado sobre dicho malestar algo muy breve para vuestras necesidades y muy largo para la brevedad del tiempo, vamos a pasar ahora a otro asunto. Aún queda un mal, del que haré un último intento de curaros.

PETRARCA Hacedlo así, Padre tan bondadoso. Pues, no obstante que aún no me encuentro totalmente liberado de mis cargas, siento un bendito alivio de buena parte de ellas.

SAN AGUSTÍN La ambición aún os tiene muy cautivado. Buscáis con demasiado ahínco las alabanzas de los hombres, y dejar tras de vos un nombre inmortal.

PETRARCA Lo confieso libremente. No puedo vencer esa pasión del alma. En eso aún no hallo curación.

SAN AGUSTÍN Mas temo mucho que eso de perseguir la inmortalidad falsa de la fama os cierre el camino que conduce a la verdadera inmortalidad de la vida.

PETRARCA Es también uno de mis temores, mas quedo en espera de que me descubráis el medio de salvación de mi vida; vos de verdad lo haréis, vos que me habéis dado medios para sanar males aún mayores.

SAN AGUSTÍN No penséis que alguno de vuestros males sea mayor que éste, aunque no niego que algunos podrán ser hasta más viles.

Mas decidme, por favor, en vuestra opinión, ¿qué es esa cosa llamada gloria que con tanto ardor deseáis?

PETRARCA Si me pedís la definición la ignoro. Mas si la hubiera, ¿quién será más capaz de darla que vos mismo?

SAN AGUSTÍN El nombre de la gloria lo tenéis bien conocido; mas ante su realidad, si pudiera uno juzgar por vuestras acciones, sois un extraño. Si hubierais sabido lo que era, no la añoraríais con tanto afán. Supongamos que definís la gloria, con Cicerón, siendo «el ilustre renombre mundial de buenos servicios prestados a los conciudadanos de uno, al país de uno, o a toda la humanidad»; o como lo expresa en otras partes, «La opinión pública que alza su voz en torno a un hombre con palabras de alabanza». Os fijaréis que en ambos casos se dice que la gloria es reputación. Ahora, ¿sabéis en qué consiste tal fama?

PETRARCA No puedo decir que se me ocurra por el momento ninguna descripción buena de ella; y no me gusta expresarme de cosas que no entiendo. Por lo tanto pienso que el más recto y mejor de los proceder es que guarde yo silencio.

SAN AGUSTÍN Os comportáis como hombre sabio y modesto. En toda cuestión grave, y aún más cuando se trata de un asunto ambiguo, hay que cuidar mucho menos lo que uno va a decir que lo que uno no dirá, pues el mérito de haber dicho bien es mucho menor que el demérito de haber dicho mal. Ahora os planteo que la reputación no son más que palabras acerca de alguien, que pasan de boca en boca de mucha gente.

PETRARCA Opino que vuestra definición, o bien si preferís la palabra «descripción», es buena.

SAN AGUSTÍN No es más que un soplo, un viento cambiante; y lo que os disgustará aún más, es un soplo de la muchedumbre. Sé con quién estoy hablando. He observado que no hay hombre que aborrezca más que vos las costumbres y la conducta de la chusma. ¡Ahora contemplad esta perversidad! Os dejáis encantar con los aplausos de gente cuya conducta abomináis; ¡y permita el Cielo que quedéis encantado únicamente, y que no pongáis bajo su poder vuestro propio bienestar eterno! ¿Por qué y debido a qué motivo, digo yo, tanta labor constante, vigiliass sin cesar, y tanta aplicación al estudio? Contestaréis, tal vez, que queréis descubrir lo provechoso en la vida. Mas hace muchísimo que aprendisteis lo que se necesita para la vida y para la muerte.

Lo que ahora necesitabais era intentar poner en práctica lo que sabéis, en lugar de sumiros más y más en inquisiciones laboriosas, en que siempre tropezáis con nuevos problemas y misterios sin solución, en que jamás llegáis al final. Agregado a eso el hecho de que siempre seguís laborando y laborando a fin de satisfacer al público; agotándoos con el propósito de complacer a las mismas personas que para vos son las más antipáticas; recogiendo aquí una flor de poesía, allá de historia, en una palabra, empleando todo vuestro ingenio de la palabra en complacer los oídos de la muchedumbre que escucha.

PETRARCA Me vais a perdonar, mas no puedo dejar pasar eso sin decir palabra. Jamás desde que era niño, me he complacido con extractos elegantes y florecitas de la literatura. Pues con frecuencia me he percatado de las cosas puras y excelentes que ha pronunciado Cicerón contra los carniceiros de libros, y sobre todo también en la frase de Séneca en la que declara: «Es una desgracia que un hombre siga cazando flores y se apoye en citas conocidas, sustentándose únicamente en lo que sabe de memoria». [**Cartas**, xxxiii.]

SAN AGUSTÍN Al decir lo que dije, ni os acuso de ocioso ni de poca memoria. De lo que os acuso es de que en vuestras lecturas hayáis elegido los textos más floridos para la diversión de vuestros camaradas y, en una palabra, llenado cajas de cosas bonitas de un gran montón para el beneficio de vuestros amigos —que no es más que ceder al deseo de la vanagloria— y además, digo que sin quedar contento con vuestro deber de cada día (que a pesar de su gran costo en tiempo, tan sólo os prometía algo de celebridad entre vuestros contemporáneos), habéis dejado que vuestros pensamientos se ocupen de épocas del tiempo y os habéis entregado a sueños de fama para aquellos que vengan después. Y al perseguir dicha finalidad, poniendo vuestro esfuerzo en tareas aún mayores, os lanzasteis a la elaboración de una historia desde la época del Rey Rómulo hasta la del Emperador Tito, una enorme empresa que absorbería una inmensidad de tiempo y trabajo. Luego, sin esperar que ésta fuera concluida y aguijado por los pinchos de vuestra ambición de gloria, os embarcasteis en vuestro bajel poético hacia África; y ahora os encontráis trabajando con afán en los mencionados libros de **África**, sin dejar el otro. Y de esta manera dedicáis toda vuestra vida a esas dos ocupaciones absorbentes —ya que me abstendré de mencionar las otras numerosas que también vienen al caso— desechando por completo lo que es de mayor interés y que ya perdido, no puede ser recuperado. Escribís libros sobre otros, y de vos mismo os olvidáis totalmente. ¿Y quién sabe si acaso, antes de que llegue a concluirse una u otra de vuestras obras, podrá la muerte arrebatáros la pluma de vuestra mano ya cansada, y mientras en vuestra insaciable caza de la gloria os apresuráis primero por un camino, luego por otro, al final encontraréis que por ninguno de los dos habéis alcanzado vuestro objetivo?

PETRARCA Confieso que temores de esa índole a veces me han afectado. Y sabiendo que padecía enfermedad grave, temía que la muerte no pudiese estar muy lejos. En aquel entonces para mí no había nada más amargo que la idea de dejar mi **África** a medio hacer. Sin querer que otra mano le diera su conclusión, había determinado que con la mía la arrojaría a las llamas, pues no había ningún amigo mío en quien pudiese confiar que me hiciera dicho servicio ya desaparecido yo. Sabía que una solicitud de esa índole fue la única de nuestro Virgilio que se negó a otorgar el Emperador César Augusto. Para concluir brevemente, esa tierra de África, ya quemada por el feroz sol a que siempre queda expuesta, ya destruida tres veces a lo largo y a lo ancho por las fasces romanas, estaba nuevamente a punto de convertirse por mis manos en presa de las llamas.

Mas de aquello ya no diremos más, pues son bastante dolorosos los recuerdos que evoca.

SAN AGUSTÍN Lo que habéis dicho confirma mi opinión. Se aplaza el día del juicio por un tiempo, mas aún queda pendiente el pago de la cuenta. ¿Y qué puede ser más ridículo que desperdiciar así tal esfuerzo enorme en una cosa de conclusión incierta? Sé que lo que no os permite abandonar la obra es simplemente la esperanza de que podáis concluirla. Ya que veo que puede haber alguna dificultad (a no ser que esté yo equivocado) para convenceros a disminuir dicha esperanza, propongo que intentemos aumentarla, y así, expresarla en palabras de tal manera que veáis lo mucho que supera fuerzas como las vuestras. Por lo tanto suponiendo que tenéis una plena abundancia de tiempo, ocio y libertad mental; que no haya falla de intelecto, ni pereza del cuerpo, ninguna de esas desdichas de la fortuna que al reprimir la primera energía de la expresión, con tanta frecuencia detienen la pluma dispuesta al escritor esperando que todo vaya mejor que

lo que hubierais deseado... todavía, ¿qué obra de consideración esperáis lograr?

PETRARCA Ah, una de gran excelencia, por supuesto, bastante fuera de lo común y con posibilidades de atraer la atención.

SAN AGUSTÍN No tengo el deseo de parecer contradictorio: supongamos que sea una obra de gran excelencia. Mas si supierais cuánto más excelente aún será la obra que esto obstruirá, aborreceréis lo que ahora deseáis. Pues llegaré al extremo de aseverar que esta obra vuestra, para empezar, desvía vuestras atenciones de ocupaciones de índole más noble; y por muy excelente que la creáis, no tiene por delante ningún gran alcance ni amplio futuro, limitada como es debido al tiempo y al espacio.

PETRARCA Bien conozco aquella vieja historia discutida por los filósofos, cómo declaran que la tierra no es más que un punto diminuto, cómo el alma, sola, perdura infinitos millones de años, cómo la fama no puede llenar la tierra ni el alma, y otras pobres ideas por el estilo, con las cuales tratan de disuadir a las mentes del amor a la gloria. Mas ojalá que brindéis algunas razones más sólidas que éstas si acaso las conocéis, pues la experiencia me ha enseñado que todo esto es más artificioso que convincente. No pienso convertirme en un dios, ni vivir en la eternidad, ni abarcar el cielo y la tierra. La gloria que le corresponde al hombre a mí me basta. Es todo lo que motiva mis suspiros. Siendo mortal yo, no deseo sino bendiciones mortales.

SAN AGUSTÍN ¡Oh, si es lo que verdaderamente queréis decir, cuán miserable sois! Si no tenéis deseo alguno de lo inmortal, y nada os importa lo eterno, entonces de veras sois de la tierra y terrenal: entonces para vos todo se acabó; no queda nada de esperanza.

PETRARCA ¡El cielo me defienda contra tales tonterías! Mas mi conciencia es testigo, y sabe cuáles han sido mis deseos,